

# SIETE DECADAS DE METODOLOGIA ECONOMICA: UNA PERSPECTIVA POPPERIANA

*Lawrence A. Boland  
(Simon Fraser University)*

Durante muchas décadas, mucho de lo escrito sobre metodología por los economistas estuvo orientado a convencer a otros, o tal vez a sí mismos, de que la economía era una ciencia como cualquier otra. Ello implicaba dos requisitos principales, uno era un entendimiento de cómo eran las otras ciencias y el otro era un entendimiento de lo que los filósofos de la ciencia creían acerca de las otras ciencias. Demasiado a menudo, los economistas quedaban satisfechos logrando sólo lo último y depositando así excesiva fe en los filósofos. Las cosas han empeorado hoy en día porque ahora tenemos metodólogos profesionales de la economía. Como sus predecesores, ellos a la vez confían demasiado en los filósofos de la ciencia y entienden poco acerca de lo que otros científicos hacen. Pero a diferencia de sus predecesores, saben poco acerca de lo que hacen los economistas.

Los filósofos de la ciencia en el primer tercio del siglo veinte estaban desconcertados, tratando de lidiar con la revolución de Albert Einstein y el aparente colapso de los cimientos de la física newtoniana. Durante la mayor parte del siglo diecinueve, los filósofos de la ciencia estaban convencidos de que la ciencia tenía un sólido basamento inductivista; esto es, que las teorías verdaderas de la ciencia eran el resultado de observaciones cuidadosas seguidas de una aplicación experta de la lógica inductiva. Pero, de haber sido esta la manera en que se desarrollaron las teorías, ¿cómo pudo haber habido lugar para las ideas revolucionarias de Einstein? ¿No era verdad que las leyes de la física eran inmutables?

Antes que las leyes inmutables de la física de Newton fuesen puestas en cuestión, casi todos pensaban que encontrar teorías verdaderas era el objetivo de toda ciencia. Además, casi todos creyeron que la inducción científica era el método infalible para hacer esto. La ciencia era simplemente la aplicación organizada del método científico. Pero cuando llegó el turno de explicar la simple mecánica del magnetismo en el movimiento de la aguja de una brújula, la mecánica de Newton no alcanzó. Y en lugar de renunciar a la fe en un método científico infalible, los filósofos de la ciencia del siglo diecinueve eligieron cambiar las reglas del juego. Más que aspirando a obtener teorías verdaderas de la ciencia, los científicos fueron caracteri-

zados como apuntando hacia la “mejor” teoría. Al menos, se pensaba, este sería un objetivo alcanzable.

Mucho de la filosofía de la ciencia, incluso hoy, trata de la lógica de la elección de las mejores teorías. En los años treinta, se creía que el método científico estaba orientado hacia la elección de aquellas teorías que podían ser verificadas lógicamente, esto es, probadas verdaderas con observaciones “positivas” hechas después de la creación de la teoría; la visión que pasó a conocerse como positivismo lógico. De acuerdo a esta visión, una teoría científica se distinguía de la religión u otra metafísica sobre esta única base.

Karl Popper entró en la escena desafiando la visión de que el objetivo de la ciencia era crear una atmósfera científica estable, que permitiera acordar sobre lo que se considerara la mejor teoría disponible. Popper pensó que estaba extendiendo la visión de Einstein, según la cual la ciencia nunca es estable, sino que está en un estado de constante revolución. Y la razón de Popper para esto fue que la ciencia era una empresa de criticismo coordinado más bien que de acuerdo coordinado. Practicando lo que predicó, Popper golpeó sus puños en las puertas de los positivistas lógicos en Viena tratando de convencerlos de que estaban yendo por el sendero equivocado. Esa senda implicaba una lógica de probabilidades donde la “mejor” teoría es una que pueda mostrarse como la teoría más probable dada la evidencia positiva suministrada por los científicos inductivistas. Popper argumentó que esta ciencia no sería demasiado interesante y que, en cambio, las teorías científicas resultan interesantes porque parecen, en principio, ser las explicaciones menos probables de la evidencia disponible.

Mientras que Popper estaba siendo soslayado por los filósofos de la época, un economista académico, Terence Hutchison, pensó que aceptaría el desafío al afirmar, en 1938, que lo que hacía interesante a las teorías científicas no era el hecho de que fuesen verificables sino que eran “testeables”. Específicamente, le dio crédito a Popper por esta visión. Desafortunadamente, Hutchison no entendió completamente lo que Popper decía. Además, la visión de Hutchison fue bastante ignorada en economía. En lugar de ello, todo aquel que se encontraba escribiendo sobre metodología en aquel tiempo continuó con la línea positivista lógica en la que la verificabilidad era la verdadera prueba de una teoría científica.

A pesar de haberse hablado mucho sobre la testeabilidad en economía durante los años sesenta, nada de ello tuvo que ver con la visión prometedora de Hutchison sobre la metodología. En lugar de ello, los 40s y 50s fueron el campo de batalla del movimiento que se proponía hacer de la economía una ciencia matemática. Una de

las críticas principales a la economía matemática era que las matemáticas podrían proveer sólo tautologías, las que se consideraba proposiciones o teoremas que eran verdaderos en virtud de su forma lógica, más bien que por su contenido empírico. Más correctamente, una tautología es una proposición que no depende de la definición de sus palabras no lógicas sino sólo de sus palabras lógicas tales como “y”, “o” y “no”. Así, una tautología es una afirmación que es verdadera simplemente porque uno no puede concebir un contraejemplo. Por ejemplo, la afirmación “yo estoy aquí o yo no estoy aquí” es verdadera independientemente de quién sea “yo” o donde sea “aquí”.

En la época en que Hutchison lanzó su metodología dirigida a la testeabilidad, Paul Samuelson comenzaba a escribir su tesis doctoral que promovió la base matemática para toda la teoría económica. Y Samuelson confrontó directamente las críticas diciendo que su versión de la economía matemática no podría ser rechazada como una pila de tautologías porque él requeriría que los teoremas económicos fuesen testeables y, por lo tanto, concebiblemente falsos. Para Samuelson, un teorema era testeable al ser “operacionalmente significativo” por lo que quiso meramente decir que debía ser “refutable en principio”. Para ser refutable en principio, un teorema no puede ser una tautología. “QED”.

Durante los 40s, y antes de que la tesis de Samuelson pudiese estar terminada y publicada, la economía fue atacada por críticos filosóficamente informados, que demandaban, en nombre de una apropiada filosofía de la ciencia, que las explicaciones económicas estuviesen basadas en supuestos verificables. En respuesta a esto, Armen Alchian, seguido por Milton Friedman, lanzó un contraataque dirigido a la filosofía positivista lógica de la ciencia. Su contra visión consistía en que los supuestos no debían ser verificables y ni siquiera verdaderos en tanto y en cuanto “funcionaran”. Esto tuvo ecos de la vieja batalla entre el Obispo Berkeley y los promotores de la ciencia de Newton. Supuestamente, el temor de Berkeley era que si la gente creía en las cosas que constituían la física de Newton, no verían más la necesidad de la religión para explicar el universo. De ese modo, Berkeley dijo que permitiría a la ciencia de Newton, en tanto y en cuanto sus leyes fuesen consideradas meros instrumentos sin existencia empírica verificable en el universo. Esto es, las leyes de la física son meras ficciones útiles de nuestra imaginación; instrumentos intelectuales útiles. Alchian y Friedman vieron que era más fácil ponerse del lado del obispo y, por lo tanto, evitar la agitación filosófica que estaba comenzando a alzar su desagradable rostro en las manos de los críticos.

Esta fue, entonces, la tendencia que fluyó a través de los escritos de metodología durante los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Casi todo el debate versaba

sobre la defensa del instrumentalismo de Friedman, la cual parece para muchos deshonesta o simplemente mal orientada. Aquellos que desearon promover la economía matemática se vieron consternados por el instrumentalismo de Friedman y se lanzaron a criticarlo sobre fundamentos lógicos. En general, Samuelson simplemente se rió de Friedman, tratando de eliminarlo con el ridículo. Y pareció funcionar para la mayoría de nosotros, y en particular, para aquellos de nosotros entrenados para ser economistas matemáticos.

Por el momento en que Samuelson desestimaba a Friedman en las reuniones anuales de la American Economic Association a principios de los años sesenta, Richard Lipsey y Chris Achibald estaban, usando las palabras de Chris, “construyendo bombas en los cimientos” en la London School of Economics. Ellos estaban bajo la tutela de uno de los estudiantes de Karl Popper, Joseph Agassi. En un primer momento pensaron que construirían una nueva ciencia económica basada en la experiencia usando las visiones de Popper de la filosofía de la ciencia. Como Hutchison antes que ellos, no entendieron bien lo que les fue enseñado. Pensaron que la economía podría ser hecha empíricamente (en oposición a matemáticamente tautológica) promoviendo un enfoque econométrico que acentuaba la necesidad de investigación “falsable”. Su construcción de bombas produjo un solo trabajo significativo, léase, la primera edición del famoso libro de texto de Lipsey, donde la visión de Popper era promovida abiertamente. Su proyecto fue abandonado rápidamente porque encontraron que la falsificación de proposiciones econométricas no era muy fácil, y algunas veces era imposible. La visión de Popper no jugó ningún papel en las ediciones subsiguientes y así fue pronto olvidada. Y, tanto Dick como Chris, subieron al tren de los críticos de Popper, proponiendo lo que Popper llamó convencionalismo. El convencionalismo es la alternativa derrotista al Inductivismo que dominó la filosofía de la ciencia del siglo diecinueve. En la versión moderna del convencionalismo, la consigna de la ciencia pasó a ser la falsabilidad, más que la verificabilidad. Y cuando los economistas de los 70s y 80s hablaban acerca de la necesidad de testeabilidad y falsabilidad de sus modelos y teoremas, estaban hablando implícitamente del pronunciamiento metodológico de Samuelson y no de la débil postura de Lipsey al comienzo de su primera edición.

De hecho, durante fines de los 60s y la totalidad de los 70s, no se dijo prácticamente nada sobre metodología. Y puedo testificar que era muy difícil llegar a que los editores de las revistas siquiera consideraran publicar metodología, y de este modo se publicó muy poco. La única excepción consistente fue el último capítulo de varias ediciones del libro de texto de historia del pensamiento de Mark Blaug. Blaug aparentemente leyó y prestó atención a la primera edición del libro de Lipsey y asumió como propia la tarea de mantener viva la antorcha de la falsabilidad. Desafortunadamente,

tunadamente, Blaug cometió el mismo error que Lipsey y Archibald al pensar que Popper estaba promoviendo la falsabilidad como la esencia de su visión de la filosofía de la ciencia. Así, Blaug se quejó continuamente de que los economistas hablaban sobre falsabilidad pero nunca la practicaban. Parece no haber reconocido nunca que los economistas jamás estuvieron tratando de satisfacer algún tipo de metodología popperiana, sino que estuvieron, en cambio, simplemente invocando a la testeabilidad y falsabilidad como criterios convencionalistas para elegir el mejor modelo o teorema a la manera recomendada por Samuelson –esto es, de una manera que protegiera a la economía matemática del reproche de ser meramente una pila de tautologías.

Blaug y sus seguidores estaban mal encaminados principalmente por la acción de Imre Lakatos, quien promoviéndose a sí mismo, intentó reclamar la corona de Popper, incluso antes de que Popper muriera. Lakatos no conocía mucho sobre la ciencia pero conocía mucho de matemáticas. Como resultado, Lakatos trató de formalizar la metodología con lo que llamó “la metodología de los programas de investigación científica” (estaba usando la terminología de Agassi). No está claro que Lakatos comprendiera las razones de Popper para hablar acerca de falsabilidad –es decir, como una condición suficiente, pero no necesaria, para la crítica. Popper llamó a su enfoque de la explicación “racionalismo crítico”. Lakatos también confundió a los economistas al retorcer la visión de Popper enfatizando por demás sus implicancias sobre el crecimiento del conocimiento. Esto fue desafortunado, porque tal énfasis alentó a los historiadores de la economía a seguir el liderazgo de Blaug y comenzar a hablar de metodología solo en términos de “progreso” y de las estrategias de investigación “progresivas”, que Lakatos promovió. En todo esto, Popper fue maldecido y Lakatos enaltecido.

Blaug decidió eliminar su capítulo final para hacer un libro de metodología independiente en 1980. El éxito obvio de ese libro desafió la renuencia de otros editores. Pronto hubo una lucha alocada por encontrar autores para escribir libros sobre metodología económica. El editor de una editorial, George Allen and Unwin, dio el primer paso al encomendarme que escribiera mi libro de 1982 y al acordar simultáneamente la publicación de la tesis doctoral de Bruce Caldwell. Las dos décadas siguientes han sido testigos de un desarrollo muy activo de una subdisciplina metodológica en la metodología de la economía con, ahora, dos revistas bien establecidas, respaldadas por dos grandes editoriales. Desafortunadamente, hasta hace bastante poco tiempo, casi todas las publicaciones en estas dos décadas han tratado de volver el reloj hacia atrás, a los problemas y cuestiones de los años treinta que continúan siendo de interés para los filósofos en lugar de considerar las cuestiones metodológicas que resultan de interés para los economistas de la mainstream.

La metodología como una rama separada de la economía mainstream ha mostrado los signos de desarrollo de la juventud y la adolescencia. Todavía estaría forcejeando en el sótano de no haber sido por los esfuerzos de dos líderes de la History of Economics Society, Warren Samuels y Mark Perlman. Juntos, incentivaron a los historiadores del pensamiento económico a incluir, en sus encuentros anuales, sesiones sobre metodología. Los críticos podrían fácilmente decir que esto fue un gran error al atar la propia falta de reconocimiento a un barco en hundimiento. Por el tiempo en que yo era un estudiante de doctorado en los sesenta, la historia del pensamiento era un curso obligatorio, pero a lo largo de las últimas dos décadas, ha sido difícil encontrar un curso de historia del pensamiento en cualquiera de los principales programas de economía, menos aún un curso obligatorio. Sin embargo, la metodología ha encontrado un lugar razonable, al menos en la literatura publicada, si no en la currícula.

A lo largo de las últimas dos décadas ha habido un desarrollo de al menos tres campos. El más grande está compuesto de aquellos metodólogos que se acercan a la materia con los intereses de historiadores de la ciencia. Este campo ha pasado la mayor parte de los años ochenta explorando cómo podría aplicarse su entendimiento de Lakatos a la historia del pensamiento económico. Como consecuencia, hay muchos artículos acerca de “evaluación” de teorías económicas y métodos. Y así existe mucha discusión acerca de “heurísticas” positivas y negativas, “núcleos centrales”, “cinturones protectores” y “hechos novedosos”. En su mayor parte, este tipo de discusión, particularmente lo concerniente a los “núcleos centrales” de programas de investigación, no era nada más que un reemplazo de la fascinación con los “paradigmas” de Thomas Kuhn de los años setenta. Toda esta literatura metodológica inspirada en Lakatos ha sido, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo. En el peor, se ha convertido en el caballito de batalla para los críticos de la visión de la ciencia de Karl Popper. Desafortunadamente, Lakatos no comprendió a Popper pero, a pesar de ello, esos críticos se alegraron de tener el personaje de caricatura de Popper, creado por Lakatos, para aporrearlo. De particular importancia fue la identificación de la visión de Popper con el así llamado “falsificacionismo”. Lakatos fue responsable por esta caracterización de Popper, y es una caracterización falsa que continúa siendo promovida en los círculos de historia del pensamiento económico por Blaug y sus seguidores.

El siguiente gran campo es dirigido por el interés de los filósofos analíticos, quienes todavía se preocupan acerca de los problemas y cuestiones surgidas en los años treinta. Y todavía están lamiéndose las heridas infligidas por Popper. Su principal esperanza es la de eliminar a Popper de la escena. Pero el problema principal con este campo es que ninguno de ellos tiene nada más que una comprensión elemental

de economía mainstream. Mientras que otros filósofos están entusiasmados con cada publicación de este campo, los economistas mainstream las ignoran completamente. Después de todo, han sido las preocupaciones de este campo filosófico, las que la metodología de Friedman intencionalmente tuvo en cuenta, proveyendo a los economistas de una razón para ignorar a los filósofos de los años treinta. Hoy en día, el énfasis de McCloskey en la retórica es lo que ha remplazado a Friedman, pero el mensaje y propósito es el mismo, es decir, dar razones para ignorar este campo filosófico. El argumento principal es que el campo filosófico se interesa sólo por la metodología con M mayúscula, mientras que los economistas ordinarios se interesan con la metodología con m minúscula.

El tercer campo es muy pequeño, léase: yo y un par de mis estudiantes –aunque hay signos de que podría estar creciendo. Este tercer campo se interesa en su mayor parte, tal vez exclusivamente, en la metodología con m minúscula desde una verdadera perspectiva popperiana. Popper entra en escena a través de nuestra visión de todo evento social, incluyendo las decisiones científicas, como intentos de resolución de problemas.

Mi interés en la metodología desde el comienzo ha sido examinar las razones de por qué los constructores de modelos económicos suponen lo que suponen. Escribí mi tesis para examinar críticamente la testeabilidad permitida por ciertos supuestos comunes en ese momento. Si alguien está interesado en lo que hallé, pueden chequear los capítulos 2 y 3 de mi libro de 1989. Lo que mostré es que casi todos los modelos, excepto los keynesianos más simples, son intesteables desde el momento en que requerirían más datos de los que resulta práctico o posible considerar. Un modelo keynesiano simple con tres variables endógenas, una variable exógena y seis coeficientes exógenos requeriría casi 500 observaciones para construir una refutación lógicamente suficiente. Y, uno de los simples macro modelos de mi consejero, con sólo seis variables endógenas, una variable exógena y siete coeficientes exógenos llevaría más de veinticuatro mil observaciones. Y peor aún, cualquier modelo con una función de producción de Cobb-Douglas podría necesitar más de cuatrocientos setenta y cinco mil observaciones. En cuanto a aquellos constructores de modelos que realmente piensan que están diciendo algo significativo al alegar que sus modelos son testeables, creo que ello muestra en realidad lo que he dicho antes. La testeabilidad se busca sólo para evitar tautologías y no tiene nada que ver con cualquier cosa que Lakatos pueda haber pensado que Popper haya dicho sobre la falsabilidad.

Lo que Popper sí dijo, fue que si usted piensa que las observaciones importan, por razones lógicas, sólo observaciones que sean usadas para falsar una teoría pueden

ser decisivas. Las observaciones confirmatorias nunca pueden ser decisivas, excepto en situaciones triviales. Testear mediante intentos de falsar la teoría o explicación de alguien es sólo un tipo más de crítica. Y es la crítica o, más específicamente, una actitud crítica, lo que constituye el sello distintivo de la ciencia. No es la falsabilidad empírica, que tanto los amigos como los enemigos de Popper parecen creer que él afirmaba.

El enfoque de la metodología con m minúscula que he practicado por treinta y cinco años no interesa a los filósofos, y ello está bien, por supuesto. Pero concierne a los economistas. Además, fui plenteramente sorprendido en los encuentros de la HES en Vancouver el año pasado, cuando incluso los metodólogos comenzaron a hablar acerca de la metodología de la construcción de modelos económicos y dejaron de hablar de temas tales como “realismo”, “progreso”, “falsificacionismo” y cosas similares sobre las que les gusta hablar a los filósofos. Hoy en día está quedando claro que los metodólogos pueden hacer una contribución a la economía mainstream ayudando a identificar y criticar los supuestos usuales concernientes al conocimiento y al aprendizaje del agente económico. Ciertamente, ha llegado el momento de que los economistas mainstream dejen de suponer que la inducción es un proceso de aprendizaje confiable. Suponer que es confiable es suponer una teoría del aprendizaje que tiene más de 350 años de antigüedad y que fue refutada hace 200 años.

Podrá parecer extraño, pero como popperiano practicante creo que es tiempo de que los metodólogos dejen de hablar de Popper. Está bien que critiquen a Popper, pero esto es algo de lo que deben preocuparse los filósofos. Hoy en día, hay ciertamente cosas más importantes que hacer para los metodólogos de la economía.

Traductor: Federico Jelinski